

LA MONTAÑA REGENERA LA RAZA

Progresamos en lo material tan rápidamente, que el cuerpo humano se encuentra desarmado ante los nuevos problemas que se le presentan. Nuestro cuerpo tiene una capacidad de adaptación fisiológica contra el frío, calor, cansancio y obstáculos de la Naturaleza, que la civilización moderna ha atrofiado. Vivimos sumergidos en una atmósfera de invernadero. La calefacción, ropa de abrigo, alimentos medidos en calorías y vitaminas, vehículos de locomoción para trayectos cortos y mil otras comodidades, hacen que nunca tengamos que desarrollar las facultades naturales que hay latentes en nosotros y que han comenzado a degenerar.

Además, estos problemas plantean reacciones mentales que nuestra capacidad psicológica de defensa no ha podido superar, habiéndose roto el equilibrio de nuestra personalidad, dando el resultado de que cuanto más protegido se encuentra el hombre físicamente, más desquiciado está mentalmente.

La raza blanca camina hacia la degeneración, pues la Naturaleza no la ha dotado de armas con que defenderse del ruido, inquietudes e inseguridades de la vida moderna que, además, ha reblandecido al cuerpo al suprimirle todo aquello que pueda servir para hacerle reaccionar y utilizar nuestras ocultas capacidades.

Alexis Carrel dice que vivimos como perros de lujo en perreras confortables. Las oficinas y cines con temperatura constante en invierno o verano. Las numerosas prendas contra el frío. Los alimentos fuertemente especiados o en formas que ni recuerdan la suya natural. Las diversiones casi todas sedentarias. El transporte utilizado para todo, bien sea por ahorro de tiempo o de dificultades. Todo esto ha creado en general una generación totalmente inadaptada una vez se sale de su centro habitual.

Esos incansables bailarines o visitantes de tabernas son los que en el servicio militar en cualquier marcha táctica llenan los camiones que van recogiendo a los agotados.

Y no es que sean débiles, no; lo que falla dentro de ellos es esa cámara recóndita y

oscura de la voluntad que no les impele a hacer un nuevo esfuerzo o a resistir un poco más o a quejarse un poco menos. Es el carácter de toda una juventud e incluso generación que tiene partida la espina dorsal del espíritu.

El «para qué» y el «qué se gana con eso» está en todas las bocas. Para qué andar, si hay tranvías. Para qué correr, si luego vendrá otro. Para qué aguantar un poco el hambre y llegar a la hora de comer con apetito. Para qué subir al monte. Qué me dan si voy hasta allí, etc.

Y no hablemos del alcohol. Aquí en nuestra tierra tenemos tristes experiencias. Este demonio mata la virilidad, apaga la voluntad, embota la inteligencia, arruina las razas. Y el consumo medio por habitante, crece año tras año en todo el mundo.

Por eso se impone el retorno a la Naturaleza, a la montaña, símbolo perenne de ella.

Sin exceso, bien dosificado nuestro esfuerzo, debemos volver cara a lo simple, a lo natural, a lo espontáneo, a la creación inmediata y sin cambio de Dios que es la Naturaleza, y alejarnos del ahogo de la multitud sin individualidad, del asfalto reblandecido, de las luces artificiales, de las alegrías forzadas y de los problemas ficticios.

En el monte volveremos a sentir el aguijón del cansancio y el ansia devorante de la sed y el hambre; y el acerado llover de los descampados y el frío que exalta el ánimo. Volveremos a tener confianza en la máquina de nuestro cuerpo al ver cómo responde al esfuerzo y mandato de nuestra voluntad. Sabremos ser valientes en el peligro y serenos en los momentáneos extravíos.

Y nuestros ojos se saturarán de belleza. De esa belleza sencilla y natural, belleza que ya estaba hace miles de siglos en aquellos lugares, cuando salieron las cosas, frescas y jóvenes de las manos del Creador y nos estaban espejando, pues teníamos hambre, sed, desesperación de belleza y no sabíamos donde encontrarla.

José Luis Muñozerro